



(Fotos Gómez.)

Recorrido por la calle de Toledo

Francisco de Inza.

DESDE LA PLAZA HASTA EL MERCADO

En Madrid hay algunas calles que tienen una personalidad bastante acusada, lo cual, por supuesto, no es una exclusiva, ni mucho menos, de la capital de España. Que suele darse esta circunstancia en muchas otras ciudades.

Ocurre también que esta personalidad o ambiente—según se quiera—es algo cambiante al aire de los tiempos. Así, por ejemplo, la calle de Serrano adquirió hace algunos años unas características que no tenía al acabar la guerra, pongamos como tope. Por distintos fenómenos se convirtió en una calle con mucha vida social y comercial. No se sabe si esto trajo consigo la nueva arquitectura que se hizo y se viene haciendo en ella, o fué al revés. El hecho es que en la actualidad presenta un carácter muy definido.

Hace algunos meses, por este motivo, ARQUITECTURA hizo un recorrido por Serrano, y en este número el recorrido será por otra calle, de personalidad menos afectada en algunos aspectos, por el tiempo, pero extraordinariamente acusada: la calle de Toledo.

En el primer paseo por Serrano—como en las corridas—recibimos diversidad de opiniones, por lo que es de esperar que en éste nos ocurra algo parecido.

Más adelante, el recorrido será—modestia aparte—por la calle de Alcalá.

La calle de Toledo arranca, tal como sabe mucha gente, de la plaza Mayor. Es más propio decir en este caso arrancar que desembocar, ya que sale cuesta abajo partiendo de la plaza, como un río pequeño.



Los soportales de la plaza penetran en la calle y se continúan a lo largo de su primer tramo, hasta el ensanche. Sin solución de continuidad. De manera que podría decirse que esta primera parte de la calle todavía es plaza. Forma parte de su estructura.

Es ésta, a mi entender, una admirable disposición de los accesos de una plaza, de características como la que venimos hablando.

A ella llega uno como "arropado" por los edificios de las calles que la alcanzan. Es así como se prepara la estupenda sensación de espacio abierto al cielo; y cerrado por los cuatro costados con una arquitectura única. Disposición que, a su vez, permite salir de la plaza sin abandonar violentamente su ambiente.

Todo esto no tiene nada que ver con algunas actuales urbanizaciones abiertas en las que en multitud de casos las plazas, si existen, aparecen como ensanches de calles para proporcionar a la gente hipotéticas zonas verdes.

La calle de Toledo, como las demás que parten de la plaza Mayor, empieza en puerta, y sus primeras casas aportan la crujía de fachada a su servicio. De tal modo que las tiendas—pequeñas tiendas—dejan incluso sitio libre a los puestos de vendedores.

Y queda una especie de feria permanente, como las de las fiestas de los pueblos. Una feria como de andar por casa; porque, en efecto, la calle se mete un poco por dentro de las casas.

Así que no sorprende que la gente se pare, se apoye en las columnas, e incluso que las viejas se pongan a coser en la calle, porque, entre la cuesta, el recogimiento de los soportales y las tiendas, no se presta la cosa a tener prisa...

Los edificios, pasando por este tramo, apenas se ven. Carecen de importancia como tales, y eso es, al parecer, lo bueno. Lo que pone de manifiesto la apercepción del espacio arquitectónico; es decir, el ambiente conseguido para el hombre, que dista mucho de la simple aprehensión de una determinada solución de unas fachadas, para ser vistas una a una. Eso podría ser, en todo caso, escultura, pero nunca arquitectura.

Que se mantiene una unidad en los arranques de la calle, es bien patente desde cualquier aspecto que se enfoque la cuestión. Porque, puestos a estudiar fachada por fa-



chada, se observa por de pronto una bien clara comunidad de intención. Una auténtica incorporación de individualidades al conjunto arquitectónico plaza-calles.

Más adelante la calle de Toledo se ensancha un poco y ya se separa de la plaza. La arquitectura de sus casas es, en general, muy semejante a la anterior, pero es distinto el aire de la calle. Se alza la Catedral, que tiene su influencia en el ambiente, porque aparece ya un edificio como monumento. Para mirarlo aparte, aunque esté constructivamente en unidad con el resto de las casas de la calle.

Está también el Instituto, la Escuela de Artes y Oficios y algún otro edificio público. Pero este tramo de calle, tal vez por su mayor anchura, o por cierto desorden en los edificios de que hablamos, se presta más bien a ver pieza por pieza. Y como sucede, que las que había de auténtica categoría se las llevaron a otro lado, resulta algo desprovisto de carácter.

Es de notar, a la vista de la planta de la calle de Toledo, la irregularidad de su trazado. A los pocos metros de arrancar de la plaza Mayor sufre la calle un ensanche bastante apreciable. Más adelante, por la acera de la derecha, en el sentido citado, encuentra un nuevo ensanche algo parecido a una plaza que la llaman de Segovia Nueva y al final del Instituto se bifurca.

A la rama de la derecha la siguen llamando de Toledo, y a la de la izquierda, de los Estudios. De manera que, estimando la primera, se aprecia un codo en su trazado que permite, al recorrerla en sentido inverso, la vista de la Catedral, como enmarcada por los edificios laterales de la calle.

Nuevamente se ensancha después junto al mercado en una nueva plaza, que según creo, debe de ser la de la Cebada.

Además de las indicadas variaciones en su anchura, es notable la irregularidad de alineaciones de fachada en el tramo plaza Mayor-Mercado, que es al que nos venimos refiriendo.

El antiguo mercado de la Cebada, con las mesas del banquete celebrado el día de su inauguración.



Todas estas alteraciones, que seguramente se deben a muy diversos motivos, producen una variada organización de planos de fachadas que recuerdan un poco a la frecuente disposición actual de edificios con fachadas de planta en diente de sierra o cosa por el estilo.

El tramo de calle comprendido entre el mercado de la Cebada y los soportales es también bastante comercial, pero su carácter es completamente diferente del primero, debido tal vez a la mayor anchura de calle y a la proximidad al mercado. Ya no tiene aquel aire de feria de pueblo, sino que está más cerca del comercio medio de tipo popular.

El corazón de la calle, su centro de atracción es el mercado. Un mercado construído hace bastantes años. Su estructura es metálica, está vigorosamente concebido y, a mi juicio, compuesto con muy clara disposición de volúmenes. Personalmente estimo que es una magnífica obra arquitectónica, ejecutada con gran solidez y cuidado.

Lo que ha sucedido con esta hermosa obra es algo muy triste, que debería ser además inexplicable.

Desconozco absolutamente la historia del viejo mercado de la Cebada; no conozco, para empezar, el año en que se terminaron las obras. Tampoco sé quién fué el arquitecto que lo realizó.

Prescindo, en absoluto, en mi lamentación de todo aquello que pueda tener relación con el folklore, el tipismo, el casticismo, la chulaponería y demás valores, tal vez muy estimables para un cronista de la villa o para un antiguo vecino de tan popular barrio de Madrid.

Me remito exclusivamente a afirmar que el mercado de la Cebada—que repito en la medida de mis posibilidades, me parece una muy notable pieza de arquitectura—se le ha dejado morir de viejo. Resulta patente a la vista para cualquier persona que se de un paseo por allí el manifiesto abandono que ha sufrido durante muchos años. Existen auténticos pingajos de lona, que hace tiempo debieron de ser toldos, los cuales permanecen colgados de algunas barras, por la altura, sin que nadie, que tuviera obligación de cuidarlo, se haya tomado ni siquiera la molestia de quitarlos. Parece que se ha pretendido poner de manifiesto el símbolo de la cochambre y de la vejez: los harapos.

¿Cuántos años hará que se pintó por última vez? Es inútil pensar que una estupenda arquitectura sea eterna si no se cuida. Y aun así los volúmenes, la disposición de cubiertas, la estructura metálica siguen siendo una limpia demostración de la capacidad creadora de los arquitectos que la hicieron, sea cualquiera el título profesional que tuvieran. La vejez es uno de los problemas que más dan que pensar a veces sobre las arquitecturas que venimos haciendo.

Habría que dejar pasar años y años de abandono sobre muchas de las arquitecturas contemporáneas para ver qué queda de ellas, si no tienen la limpieza de estructura, el recio movimiento de masas y la ejecución material que tuvo el antiguo mercado.

Estimo que si no ha habido una potencia creadora inicial y una honestidad de ejecución, quedará muy poco.

Ahora se viene a llamar limpieza en las obras no a la claridad de concepción, sino a determinados detalles de remate cuya vida está aún por comprobar.

Al mercado de la Cebada, después de la ruda prueba que ha sufrido, de resistencia al abandono, le quedan aún suficientes valores arquitectónicos de categoría. Tiene capacidad de ruina. Lo cual no parece muy probable en muchos edificios actuales.

Se ha estimado conveniente, por parte de aquellas personas u organismos relacionados con el asunto, cuya decisión no critico por falta de datos, destruirlo y hacer uno nuevo.

Me limito exclusivamente a afirmar que se le ha dejado, tal vez por motivos que desconozco, en la más completa dejadez. La solución de hacer uno nuevo remediará seguramente el problema del mercado, pero es cosa de advertir que a los edificios hay que cuidarlos. Como se cuidan los automóviles.

Y esto entre nosotros, no se tiene demasiado en cuenta. Si al nuevo mercado, que conozco sólo de vista, se le rompen los cristales, no se pinta, se le llena de harapos y se le echan encima unos cuantos años de abandono; tal vez no resulte tampoco de muy buen ver.



Menos algunos detalles, todo está como en las novelas de Galdós. Queda la unidad de estilo, de proporciones y de módulos. Es curioso que hubiera tiempos en que los arquitectos no queríamos presumir.

Luis Moya.

LA CALLE DE TOLEDO

La calle de Toledo no es muy antigua, puesto que toda ella está fuera del recinto amurallado, pero para nosotros es el eje del Madrid castizo, el de don Ramón de la Cruz, López Silva y Arniches. Debió de ser, durante la Edad Media, la salida hacia Toledo desde la muralla por la Puerta de Moros, que está muy próxima a la calle. Como Toledo era la ciudad grande más próxima a Madrid, este camino suponemos que tendría ventas y paradores como los mesones del Quijote. Algunos todavía existentes en la calle y en otras calles próximas pueden ser reconstrucciones de los primitivos. El caso es que, sea por su origen en los mesones y en sus arrieros o sea por cualquier otro motivo, aquello nos resulta como la quintaesencia de lo típico condensada durante siglos.

En realidad, allí se reunieron muchas casas importantes, empezando por la plaza Mayor, de la que arranca la calle bajo un magnífico arco y empieza a bajar entre soportales, con mucha cuesta y mucho comercio, de aire galdosiano todavía hoy. Cuando acaban los soportales se abre a mano derecha el paso a Puerta Cerrada, o sea al "Madrid de los Austrias" que dicen las guías de turismo, y que empieza con el Palacio del Obispo. A la izquierda queda también muy próximo el Ministerio de Asuntos Exteriores, más castizo antes cuando

era la Cárcel de Corte, sede famosa de líos, tragedias y trapicheos; después, la calle de la Colegiata, acceso a la antigua plaza del Progreso, ahora de Tirso de Molina, y siempre lugar famoso de chulapería y barrio-bajismo, cabeza de las calles de Mesón de Paredes y otras igualmente ilustres en los anales de lo pintoresco y también en las crónicas de la gallofa.

Sigue a mano izquierda la Catedral de San Isidro, que si como iglesia es antigua (es el Colegio Imperial de los Jesuitas, del siglo XVII), como Catedral fué una aportación del siglo XIX, como llovida del cielo sobre la calle de los castizos de Galdós y de la Verbena de la Paloma. Y junto a la Catedral, ocupando el viejo Colegio, está el Instituto de San Isidro, y estuvo hasta 1936 la Escuela de Arquitectura, nada menos. Pero los entonces alumnos de la Escuela teníamos nuestro camino hacia lo chulapón sin pasar por la calle de Toledo, pues nos era más corto llegar a Cascorro por la calle de los Estudios, y a la entonces plaza del Progreso por la del Duque de Alba.

Si seguimos bajando tenemos a la derecha el Hospital de la Latina, raro edificio de ladrillo visto, que sustituyó, a fines del siglo pasado, al auténtico, cuya magnífica escalera está ahora en la plaza de la Villa y cuya portada ha ido a parar a la Escuela de Arquitec-



tura. Nunca hemos comprendido la razón de esta sustitución, que privó a la calle de Toledo de dos buenos trozos de arquitectura de fines del siglo XV, piezas extraordinarias en Madrid. Y más en esta calle, que desde aquí hasta la puerta de Toledo no tiene nada de esa arquitectura que viene en las Guías y en los Catálogos Monumentales.

Tenía hasta hace muy poco tiempo, siguiendo la acera de La Latina, el Mercado de la Cebada, colosal herraje del siglo pasado, que tenía lo suyo, aunque no alcanzase el renombre de Les Halles, de París. Era un buen laberinto de hierros, de gentes trabajadoras y castizas, de picaresca y de chulería. Ahora se está rehaciendo a lo moderno. Estaba flanqueado por dos teatros: Novedades y La Latina. Ambos de zarzuela y revista, de juguetones cómicos, de sal gorda y de mucha risa. Centraban la vida social del barrio. Pero el trágico incendio del primero, el 23 de septiembre de 1928, causó más de 120 víctimas y quitó las ganas de reconstruirlo. Fué una hoguera increíble, cuyo olor se percibió claramente hasta en los pisos altos del barrio de Salamanca.

Quedó sólo el otro, el de La Latina, obra primeriza y poco conocida de don Pedro Muguruza, que luego

La Catedral de San Isidro y el Instituto del mismo nombre, en el quiebro del eje de la calle. De este quiebro arranca la calle de Los Estudios, separada del segundo trozo de la de Toledo por una casa en forma de cuña (a la derecha de la foto). A continuación del Instituto estaba nuestra vieja Escuela de Arquitectura; parte, como la Catedral y el Instituto, del antiguo Colegio Imperial de los Jesuítas. Obra del Hermano Bautista, Coadjutor de la Orden; caracteriza la primera época del barroco. Sus torres, sin terminar, son antiguo tema de discusión, porque el plano de Teixeira muestra unos remates cupuliformes—parecidos a los que ha hecho nuestro compañero Francisco Fort en la nueva iglesia de los Jesuítas de la calle de Serrano—, pero en San Juan Bautista de Toledo, obra del mismo Hermano Coadjutor y casi gemela de ésta, las torres rematan en simples tejados a cuatro aguas de bastante pendiente.





Fachada actual que sustituyó en el siglo pasado a la del Hospital de la Latina, como fruto de un conato de reforma de alineaciones. Bien intencionado en su propósito de ensanchar la calle, no ha previsto otras cosas, y nos ha condenado a una interminable provisionalidad de medianerías a la vista y desorden formal en este lado de la calle, y en el de enfrente, a una rinconada triangular cuyos ochenta o más años de existencia hacen dudar de la conveniencia de este sistema lento de ensanchar calles.



Enfrente de La Latina, entre la rinconada antes citada y la embocadura de San Millán y Maldonadas, hay un grupo de casas buenas y bien compuestas en conjunto, aunque de mediocre arquitectura, que realizan el ideal urbanístico de la última parte del siglo pasado, época en que fueron construidas. Cierra la perspectiva, al fondo, una fachada admirablemente proporcionada. Con todo ello, y con los coches bien estacionados, se forma una vista exótica en el ambiente de la calle de Toledo.



Encrucijada de las calles de Toledo, San Millán y Maldonadas, donde se recupera el carácter del barrio. A la derecha, y al fondo, aparece el trozo que aún se conserva del Mercado de la Cebada antiguo. Al ser derribado, como lo ha sido ya su parte posterior, dará lugar a ensanche de la calle, estacionamientos y jardines. Veremos cómo se adapta el casticismo a este nuevo ambiente que se le prepara.

sufrió muchas reformas. Aunque no está en la misma calle de Toledo, por su proximidad y por su importancia popular actual debe mencionarse al tratar de la calle. Es ahora el teatro castizo que corresponde a un mercado de abastos. En sus localidades buenas se reúne la gente del mercado que se alimenta bien—y que lo luce—, y en las altas los que no lo hacen tanto.

El mercado y la plaza de la Cebada ocupan el gran descampado que figura en todos los planos antiguos, entre la calle de Toledo y Puerta de Moros. Era centro importante de vida castiza, con mucho salero, bastante picaresca y algo de patio de Monipodio. Al menos, eso dicen los costumbristas madrileños desde el siglo XVII. Allí se hicieron famosas ejecuciones, en "olor de multitud", de personajes también castizos, como Riego y Luis Candelas.

Había en medio del descampado una famosa fuente barroca, con cuyos restos, neoclásicamente depurados, se hizo—según dicen—la Fuentecilla que ahora vemos más abajo de la calle, en su acera izquierda.

Siguiendo hacia la Puerta de Toledo, se ve todavía un auténtico Parador, el de Medina, que por su herraje y carpintería parece del siglo XVII o del XVIII. Hay también un "Garaje de la Cruz" que tiene todo el aspecto de haber sido hasta hace poco otro parador de estilo y época semejantes. Por allí, más abajo de la Fuentecilla y a mano derecha, hay una pobre entrada a un patio, del que se pasa nada menos que a la iglesia de la Paloma, verdadero centro religioso del barrio y famosa en todo Madrid, tanto que casi todos los madrileños hemos sido llevados, cuando en mantillas, para ser presentados a la Virgen de esta advocación.

Barrio de vida popular tan activa tenía por necesidad en esta calle muchos cafés y muy grandes, con su entresuelo al que se accedía por las típicas escaleras de caracol de hierro fundido. Allí se trataba de toda clase de negocios urbanos y rurales; sobre todo de éstos, pues la calle fué y es el enlace de Madrid con el campo y su gente. San Isidro Labrador anda todavía por allí, no sólo en la Catedral, sino en la casa de la plaza del Cordón y en la vecina a San Andrés, así como en la gran capilla de esta iglesia, y, en general, en todo el barrio, paso obligado a los campos que el Santo labraba junto al río.

De tantos cafés, algunos han sobrevivido, intactos o transformados en cafeterías, al naufragio de tan importantes centros de actividad mercantil, intelectual y amorosa, que ha caracterizado la vida madrileña de los últimos años.

También el comercio, importantísimo por su gran clientela rural, ha sufrido cambios para ponerlo al gusto del día. Incluso hay un supermercado enfrente de San Isidro. Pero queda mucho comercio galdosiano entre las lunas y cromados de los recién renovados, y de



Casita castiza, del siglo XVIII por lo menos, semejante a aquella otra cuyo hundimiento relata el texto. Tan antigua debe ser la del lado izquierdo, aunque desfigurada con un piso de ventanas y la supresión de la cornisa. A la derecha, casa típica de la época de Isabel II, con sus herrajes románticos, más complicados que los antiguos de las otras casas. Palma, enredadera, toldos y persianas completan el carácter del cuadro, al que no favorece nada el mal estado de conservación de las fachadas, porque los antiguos, como no sabían que iban a ser antiguos, procuraban no tener desconchones en las casas que hacían. Ellos hacían casas nuevas, como nosotros.

las Sucursales de Banco, que son otra novedad en la calle.

Todavía no se ha estudiado la verdadera arquitectura de la calle, cómo son sus casas. La cuestión es fácil de resolver: son "galdosianas", más aún que los comercios, los cafés y el ambiente. Porque son, casi todas, las mismas que vió Galdós ya viejas, o que vió construir. Muy pocas se han hecho después. Presenta por ello la calle mucha unidad de formas y proporciones, no alteradas apenas por innovaciones posteriores. Abundan las rejas de balcón de la época romántica, pero quedan muchas anteriores, de los siglos XVII y XVIII. Las fachadas del final del siglo pasado y de éste contrastan por sus pretensiones de "arquitectura" con los simples planos coronados por aleros de canchillos de madera que son la fórmula corriente de los tres siglos anteriores.

La conservación de estas viejas casas no es buena en general desde ningún punto de vista, pero con poco trabajo podrían arreglarse por dentro y por fuera, ya que su trazado suele ser amplio y noble y de buenas proporciones. Claro que habría de reducirse algo, o mucho, el número de familias que ocupan algunas de ellas, para conseguir las condiciones vitales que hoy deben exigirse. Sobran edificaciones en lo que fueron antes patios amplios, y sobran pisos añadidos en lo que fueron casas de poca altura. Sobran también—y esto es importante para el transeúnte—algunos horribles revocos y adornos en antiguas y nobles fachadas, y faltan en cambio buenos revocos en otras de apariencia lamentable por su abandono, pero que no están en ruinas ni mucho menos. Aunque algunas, además,

están de verdad en peligro de ruina. Como aquella pequeña casa de dos plantas, la baja ocupada por una tienda de un hueco y la otra con un solo balcón, que se derrumbó entera al bajar el dueño de la tienda su cierre metálico; el cierre arrastró a la fachada, y la pequeña casa, apoyada en ésta, la siguió. "Forzudo caballero", titulaba un periódico de la noche la noticia del suceso, que ocurrió hacia 1940.

La calle termina realmente en la Puerta de Toledo, obra importante y digna de un tardío estilo neoclásico. También tiene un elemento castizo, pues por misteriosas razones su gran inscripción se cambiaba al compás de los cambios políticos con una tozudez no habitual en otras de Madrid. Los alrededores de la Puerta son ahora un barullo de obras que se iniciaron hace más de treinta y cinco años con el derribo del antiguo Matadero, y que siguen. Otro barullo es el trozo que queda de calle, hasta el río. Fué el Paseo de los Ocho Hilos (ocho filas de árboles), del siglo XVIII, amplio y monumental enlace entre el Puente de Toledo, la Glorieta de las Pirámides y la ciudad.

Se llenó de fábricas, almacenes y cosas parecidas, alternadas con algunas casas bastante absurdas y muchas tapias. Muchos años ha pasado en completo abandono, pero ahora parece que se hace algo en su calzada. Entre tanto, ostenta, como último toque castizo, alguna casa con los típicos puntalitos madrileños; y sirve, especialmente, para que Gómez pueda hacer fantásticas fotos surrealistas, ya que la circulación rodada se ha acostumbrado a evitar el paso por su antes olvidado pavimento, y lo mismo hacemos los de a pie por el estado de las aceras y por la cuesta.

Unidad y variedad reunidas en una composición modulada con orden y gracia. Estado de abandono poco adecuado para permitir el goce de estas cualidades estéticas.



Arquitectura, tipografía y gente. La tipografía y la gente son congruentes entre sí, pero no lo son respecto de la arquitectura—Puerta y casas de la derecha—, que pertenece a una época que sabía guardar las formas, aunque perdiese todo lo demás.

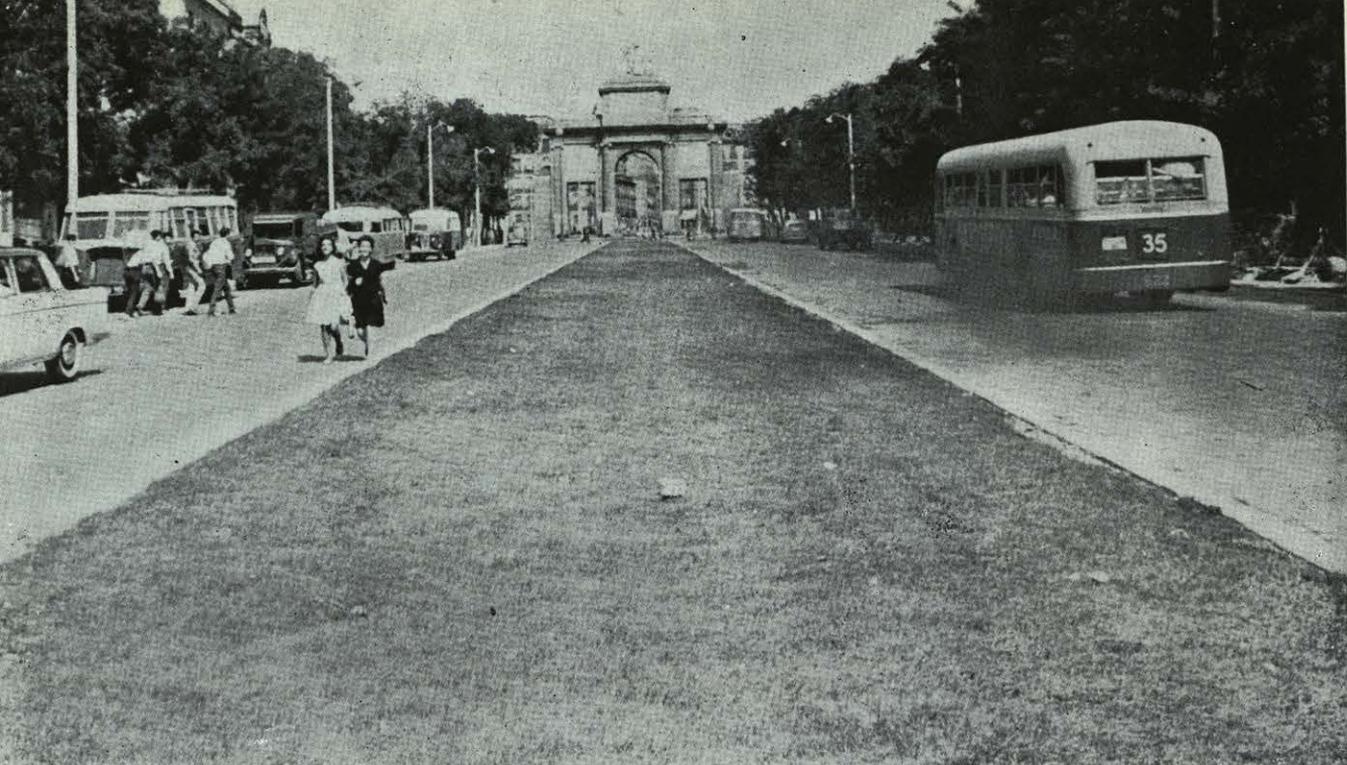


Trozo típico de la calle, entre el Mercado de la Cebada y la Fuente-cilla. Las fachadas antiguas son las planas, bien proporcionadas y sin más adorno que las barandillas de hierro y el alero de canecillos de madera. Las pretensiones de "hacer arquitectura" aparecen tímidamente hacia 1870 con los adornos de yeso alrededor de cada hueco y en las repisas de balcones, que se hacen de fábrica, en vez de hierro como antes. Van aumentando las complicaciones, con los miradores—de hierro al principio y después de fábrica—, balaustradas de cemento, etc., hasta llegar a "componer" fachadas con argumento, en vez de las antiguas de simple repetición de elementos iguales. Las repisas de balcón antes aludidas consistían en una cuadrícula de pletinas en que apoyaban azulejos con la cara de dibujos hacia abajo, y sobre ellos una capa de mortero recibiendo baldosines rojos para pisar.



La Fuentecilla y su circunstancia. El oso y el dragón, bichos heráldicos de Madrid—aunque sobre el dragón habría mucho que hablar, según el ilustre académico de la Historia don Dalmiro de la Válgoma—, hacen guardia al pie de la Cátedra donde un león, con cara de perro pacífico, explica geografía con dos terráqueos a un público indiferente, al parecer, a la ciencia y a la política internacional. Al fondo, una casa moderna hecha por Enrique Huidobro, que encaja perfectamente en la unidad de estilo de la calle, y se somete a sus módulos y proporciones.





Desde la Puerta al río, la calle de Toledo se llamaba Paseo de los Ocho Hilos, por las ocho filas de árboles magníficos que flanqueaban la calzada, cuatro a cada lado. Ahora se han suprimido dos de cada acera, se ha ensanchado la calzada y se ha hecho una platabanda central que esperamos sea una hermosa muestra de jardinería. Por ahora, y a pesar de las obras en curso, presenta un buen aspecto con la Puerta bien encuadrada; con tal de no fijarse en los entrebastidores del decorado, que se explican en las fotos siguientes.



En los últimos meses se ha transformado el panorama que muestran estas fotos. Las edificaciones son las mismas, pero la calzada, las aceras y el arbolado son otros.



Aquí se ve una señora castiza, de columna vertebral bien derecha, que ha sobrevivido a las columnas de fábrica y a las de madera.

Los paisajes urbanos de Chirico, esas plazas soñadas de Italia llenas de misteriosa soledad y de incongruencias, tienen su paralelo español en esta realidad madrileña que ha retratado exactamente Gómez. Pero así como Chirico se aburguesó y se convirtió en un vulgar pintor de retratos, así esta rara calle de Madrid está en trance de transformación hacia un futuro de calle vulgar y corriente. Pero entre tanto, y no va deprisa la transformación de las edificaciones, podemos allí ver y pisar en realidad un sueño de los surrealistas de la buena época.

